

LAS PEQUEÑAS CAUSAS

Por Rafael Suárez Solís

De la Dirección de Cultura al Instituto Nacional

EL doctor Aurelio Fernández Conchoso, ministro de Educación, y el doctor Guillermo de Zéndegui, director de Cultura, han prometido al país, en nombre del presidente Batista, el Instituto Nacional de Cultura. Fué durante el acto público preparado para que el ministro visitara al director del alto cargo y de esa revolucionaria responsabilidad. Porque hacer de un país culto en la apariencia una nación culta en la práctica es toda una revolución: el cambio radical que va del dicho al hecho. La cultura cubana vive en compartimentos estancos: esas colecciones de conocimientos con las que se adornan algunas personas para negociar posiciones sociales pocas veces convenientes al bienestar de la colectividad: colinas, pocas con talla de Turquino, cuyos aires puros no bajan al valle para refrescar la fatiga del hombre de la gleba, de una desesperanza tan prolífica que aporta al país un censo masivo de analfabetos.

Hay ciertos hombres, muy raros por desgracia —sobre todo en el sector político—, que por un misterio de la elocuencia dan a sus palabras un acento de persuasión capaz de convencer a quienes los escuchan prevenidos contra nuevas desilusiones. Uno de esos escasos habladores es el general Batista. A él no se le puede aplicar la frase amarga de don Miguel de Unamuno: "Vencerán; pero no convencerán". Batista convence. Vencer o no ya es cuestión de tiempo y circunstancia. Nadie debe anticiparse a inscribir el futuro en su cuenta corriente. Pero algunos logran un crédito con cargo al porvenir.

En las vísperas de su toma de posesión del cargo de Presidente constitucional el general Batista me habló, de hombre de Estado a reportero, del Instituto Nacional de Cultura. Desarrollaba un tema que había sido muchas veces asunto de mis crónicas. Creí en un principio de la charla que trataba de halagarme como anfitrión. Un tema amistoso durante la cena. Pronto me di cuenta de que me hablaba un estadista, por como profundizaba en el asunto y particularizaba los detalles. Y cuando le llamé la atención sobre el volumen de la aventura cultural, discreto dijo: Todo el tiempo perdido no se puede ganar en una hora. Lo que importa, y me importa, es poner en marcha la orden constitucional de la función social de la cultura, y de manera que no vengan después a detenerla, cosa corriente, los enemigos del principio de la continuidad en la gobernación. El Estado aun los regímenes, lo transitorio. Las revoluciones se hacen de abajo arriba: pero se consolidan de arriba abajo. La Gran Bretaña no tiene Constitución, y sin

embargo es, en el mundo político, un ejemplo de constitucionalismo".

Fué en ese momento cuando, a pesar de mis frecuentes desalientos en mi vieja campaña para ver transformada la Dirección de Cultura en un Instituto Nacional, volví a tener fe en el propósito. Aquel departamento ministerial no podía seguir como hasta aquí. Jorge Mañach, su inventor, procedió con la euforia incandescente de los festejos revolucionarios. Años atrás denunciara la crisis a que había llegado la cultura cubana. Figuró también entre los que, como recuerda en su buen libro "Historia y Estilo", se levantaron un día **con ganas de poda y chapeo**. "No se trataba ya sólo —son sus palabras— de defender los destinos políticos de Cuba, sino sus mismos destinos de pueblo, su vocación misma de cultura". Y con esa ilusión entre pecho y espalda fué como, a la primera oportunidad de mando, echó mano del desahogo y extrajo de la chistera de los prestidigitadores ese ramillete ministerial que todavía se llama Dirección de Cultura. Todo lo que allí se hizo desde entonces, pese al afán de Chacón y el querer de Roa, cabe holidado a estas horas en un burocrático cesto de papeles inútiles.

No podía ser de otra manera. La cultura, como estimulante de la espiritualidad de un pueblo, como función social, no se logra de un **pleito de perros**, con las nóminas en manos de los políticos y las obras en manos de la adversidad; mientras un hombre solo —hombre o mujer—, algunas veces pariente cercano de los analfabetos, subido a un podio imaginario, trataba de dirigir el desconcerto con una batuta de trapo en la mano. Lo que debió haber sido un foro al servicio de los debates que Hermann Hesse llama **el juego de abalorios**, se quedó en una frase: esta previsora de Chacón y Calvo: **el espacio neutral de la cultura**.

Le ha tocado ahora el turno de director a Guillermo de Zéndegui. Como primer elogio, después de bien ganado el título, merece el de haber acertado en las promesas. Además, de él puede decirse lo que de sí mismo dijo Terrojo:

"Hombre es Don Juan que, a querer, volverá el palacio a hacer encima del panteón".

Sobre todo en estos días que, según lo dicho, el dictado viene de arriba abajo: del Estado a las instituciones. Y no como antes, que el Estado andaba por las nubes y las instituciones a ras del suelo.

Lo que, por el momento, es un tanto a favor de este hecho... O de este dicho.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA